

CAPÍTULO XII.

CARLOS VII. JUANA DE ARCO. TRATADO DE ARRAS
(1422-1443) (1).

El reinado de Carlos VI había sido el más desastroso de la monarquía francesa; por el contrario, el de Carlos VII fué uno de los más notables y gloriosos. Ese rey halló la Francia casi enteramente ocupada por los ingleses, de cuya dominación logró al fin librarla. En la administración del Estado reinaban los mayores desórdenes, que reparó por medio de sabias disposiciones. Sin embargo, no es posible atribuir al genio de ese príncipe todos esos maravillosos resultados. Al principio de su gobierno pareció tan débil y nulo, que se podría decir que la Providencia quiso reducirlo á ese estado de anonadamiento y de debilidad para que se reconociese mejor la acción divina en los acontecimientos sorprendentes que entonces se verificaron.

§ I. — *Carlos VII. Juana de Arco.*

Enrique VI, rey de Inglaterra coronado rey de Francia. — Enrique VI, que el duque de Bedford había proclamado rey en San Dionisio, no era más que un niño de diez meses. Sus tíos tomaron á su cargo la administración de sus Estados; el duque de Bedford recibió el gobierno de Francia, y el de Gloucester el de Inglaterra. El nuevo rey fué reconocido por los estados generales, el parlamento, la universidad, el primer príncipe de la sangre, Felipe el Bueno, duque de Borgoña, y por la reina Isabeau de Baviera. París, la isla de Francia, la Picardía, el Artois, la Flandes, la Champaña, la Normandía, y, en general, todos los países situados al norte del Loira, aceptaron la dominación inglesa. El duque de Bedford usó de su autoridad como regente para efectuar reformas útiles y captarse el afecto del pueblo, y á la vez se apresuró á reunir nuevas tropas para combatir á los partidarios de Carlos VII.

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Además de las obras indicadas en el capítulo precedente, *Crónica de la Doncella*, *Memorias de Richemont*, *Crónica de los duques de Borgoña*, Quicherat, *Nueva ojeada sobre Juana de Arco*, Wallón, Williaumé, *Historia de Juana de Arco*, Pedro Clément, *Santiago Cœur y Carlos VII*; de Barante, *Historia de los duques de Borgoña*.

Carlos VII no conserva más que las provincias situadas al sur del Loira. — Cuando Enrique VI fué proclamado en San Dionisio, el Delfín supo ese fatal acontecimiento en el castillo de Mehún sobre el Yèvre, en el fondo del Berrí. El primer día vistió luto por la muerte de su padre; pero como al siguiente se presentara en misa vestido de color bermejo, algunos caballeros franceses desplegaron la bandera real gritando: « Viva el rey Carlos, séptimo de ese nombre, por la gracia de Dios, rey de Francia. » Esa monarquía comenzaba en circunstancias muy críticas. Sólo una parte de las provincias del centro y del sur de Francia, la Turena, el Orleanés, el Berrí, el Borbonés, la Auvernia, el Languedoc, el Delfinado y el Lyonnés la reconocieron, La Guiena obedecía desde mucho tiempo atrás á los ingleses que llamaron por irrisión á Carlos VII, *rey de Bourges*.

Inercia del rey de Bourges, fiestas é intrigas continuas en su reducida corte. — Lo que había más deplorable aún era que Carlos VII no parecía comprender que existía « un gran crimen que reparar y un reino que conquistar. » Transportó á Poitiers su consejo, su parlamento y su universidad; pero ese príncipe, ocioso é indolente en extremo, hallando que esa ciudad era demasiado ruidosa y animada, la abandonó pronto para ir de castillo en castillo llevando vida de fiestas y placeres. Todos los subsidios que votaban los Estados generales reunidos en Bourges eran disipados en regocijos, en vez de emplearlos en la guerra. Viendo ese lujo y diversiones tantas, hubiera podido creerse que se estaba en los días más dichosos de la monarquía, y sin embargo ésta se hallaba más cerca de la ruina que de otra cosa.

Las provincias que se habían declarado por Carlos VII eran las menos bélicas de Francia, por lo cual hubo que reclutar los ejércitos en el extranjero. Hábiase renovado la alianza con Escocia, recibiendo de ella tropas mandadas por el condestable de Buchan, pero esas fuerzas fueron vencidas, primero en Crevant, cerca de de Auxerre (1423), y luego en Verneuil, de Normandía, donde murió el condestable escocés (1424).

Esas derrotas no pudieron sacar de su inercia al rey,

quien se abandonaba á los encantos de la voluptuosidad perdiendo así alegremente su reino. Los favoritos que tenía á su alrededor se disputaban su privanza, y sin conocerlo se hallaba sometido al influjo de los más diestros. Así fué como empezó por entregarse en manos de Yolanda de Sicilia, su suegra, y como la autoridad pasó más tarde, de manos de esa mujer intrigante, á las de Tanneguy Duchâtel, el matador del duque de Borgoña; posteriormente, el rey se dejó gobernar por el condestable de Richemont, por el conde de Beaulieu y por el señor de la Trémoille. Todas esas influencias parecían sucederse al azar, y sin embargo, en medio de aquellas intrigas se preparaba el porvenir. Al separarse de Tanneguy Duchâtel, Carlos abrió la puerta á una reconciliación con el duque de Borgoña, que entonces ejercía tan gran preponderancia, y dando la espada de condestable al duque de Richemont, se atrajo á la Bretaña, que debía suministrarle vigorosos defensores.

Renace el sentimiento nacional. — Después de sus victorias de Crevant y de Verneuil, los ingleses permanecieron algún tiempo sin emprender nada serio. Pero en 1428 Bedford hizo ir de Inglaterra á Francia, al mando del conde de Salisbury, seis mil hombres de nuevas tropas, ordenó una leva en Normandía, y resolvió atacar vigorosamente al rey de Bourges. Ese ejército se apoderó de todas las plazas que le quedaban en el Maine á Carlos VII, y se preparó á poner sitio á Orleans, cuya toma debía abrir á los ingleses la entrada del Borbonés, del Berri y del Nivernés.

En ese momento se despertó el sentimiento nacional. Orleans, que esperaba ese sitio, quemó sus alrededores y dió de ese modo ejemplo de abnegación y de heroísmo. La nobleza de Francia, no queriendo obedecer á un inglés, recobró alientos. El valiente conde de Dunois, el intrépido Xaintrilles, la Trémoille, los señores de Villars, de Guitry y multitud de otros nobles caballeros se lanzaron dentro de dicha plaza con cuatro á cinco mil soldados y sesenta bocas de fuego. Entre sus hombres se contaba el valeroso Esteban Vignolles, llamado La Hire, que, al arrojarse al combate, decía: « Dios mío, te suplico que hagas hoy por La Hire tanto como

querías que La Hire hiciese por tí, si él fuera Dios y tu fueras La Hire. »

Los ingleses se presentaron ante los muros de Orleans el 12 de octubre de 1428, y se pusieron á levantar baluartes alrededor de la plaza para privarla de toda comunicación exterior. Cada semana construían uno nuevo, y la ciudad iba á encontrarse envuelta por esas obras, sin poder recibir víveres. Ya había cuatro meses que duraba el sitio, y los recursos iban concluyéndose. Angers, Tours, Bourges, Poitiers, y las poblaciones del Loira se interesaban vivamente por los sitiados, y de todas partes les mandaban dinero y municiones de boca; pero era visible que no bastaba avituallar la plaza, sino que además era preciso interceptar los víveres que se enviaban al campamento inglés.

Habiendo sabido el conde de Clermont que el duque de Bedford mandaba desde París á los ingleses cuatrocientos á quinientos carros cargados de harina y arenques salados, por acercarse la cuaresma, resolvió atacar y apoderarse del convoy. Toda la nobleza de la Auvernia, del Berri y del Borbonés se puso á sus órdenes para intentar ese golpe de mano. Pero la empresa fracasó. Clermont fué vencido, y ese combate es célebre con el nombre de *jornada de los arenques*, porque el campo de batalla quedó cubierto de pescado que cayó de los barriles deshechos por las balas (12 de febrero de 1429).

Ese revés, que se añadió á todas las calamidades que pesaban ya sobre el reino, sirvió para dar nueva vida y ardor al sentimiento nacional. En París el pueblo había sufrido horriblemente desde que la nación cayera en la anarquía; la población de los campos era presa de males mayores todavía.

La guerra había producido en ella el hambre, y con ésta llegaron las enfermedades contagiosas. « En París hubiérais oído, dice un cronista, lamentaciones desgarradoras y hubiérais visto niños que gritaban: ¡Me muero de hambre! » Sobre un montón de estiércol se hallaban veinte, treinta niños y niñas pereciendo de necesidad y de frío. Moría tanta gente y con tal rapidez que fué necesario abrir en los cementerios grandes fosas donde se echaban treinta ó cuarenta cadáveres á

la vez, cubriéndolos apenas con tierra. Los sepulcros afirmaban haber enterrado más de cien mil personas. Los zapateros contaron, el día que se reunió su cofradía, los muertos de su oficio, y hallaron que en dos meses habían fallecido 1800 de su gremio, entre maestros y aprendices. »

En medio de tantos males, el pueblo atribuía á los ingleses todos sus sufrimientos. Atribuíales aquellas plagas y estaba persuadido de que desaparecerían así que Francia arrojara de su seno al enemigo que la había invadido. Decíase que todo aquello era el castigo de la infame traición de Isabeau de Baviera, que no había vacilado en entregar la Francia al extranjero. Sin embargo, no se sabía cómo salir de aquella espantosa crisis, cuando Dios envió la heroína de Domremy, Juana de Arco, para salvar á Francia, hija primogénita de su Iglesia.

Juana de Arco. — Juana de Arco nació en el pueblo de Domremy, en los Vosgos, de un sencillo labrador, Santiago de Arco y de Isabel Romée, el 6 de enero de 1412. Su provincia no había sufrido casi nada por efecto de las últimas guerras. Sin embargo, el sentimiento nacional se había despertado allí como en los demás puntos del reino, y las gentes seguían con interés el curso de los acontecimientos. El pueblo de Domremy y la familia de Juana de Arco eran armañacs, mientras que el caserío cercano, Marey, era burguinión. Las luchas de los dos bandos, que tantas veces ensangrentaron á París, se habían reproducido en distintas ocasiones entre aquellos lugares, y los hermanos de Juana habían vuelto en diversas circunstancias á su casa cubiertos de sangre y heridas alcanzadas en las viñas con los habitantes de Marey. Al morir Carlos VI, los habitantes de Domremy reconocieron con entusiasmo como su rey al Delfín Carlos, y no hablaban más que de lo injusto que era ver á ese infortunado príncipe expulsado de su reino por los ingleses.

Juana de Arco contaba entonces sólo catorce años, y era una buena muchacha, sencilla, dulce y tímida, según los contemporáneos, que gustaba mucho de ir á la iglesia y sitios sagrados y que se confesaba á menudo. En 1423 tuvo una primera visión en el huerto

de su padre, donde oyó una voz que le decía : « Juana, sé buena, y discreta, y ve á menudo á la iglesia. » Poco tiempo después oyó la misma voz que le dijo : « Juana, acude en socorro del rey de Francia y le devolverás su reino. » La joven respondió temblando : « Señor, yo no soy más que una pobre muchacha, que no sé montar á caballo ni guiar á los hombres de armas. » La voz le replicó : « Ve á dar

con el señor de Baudricourt, capitán de Vaucouleurs, que te hará presentar al rey; Santa Catalina y Santa Margarita te ayudarán. » Durante cuatro años, Juana oyó las voces y vió suaves y santos rostros. Al fin refirió lo que había visto y oído y no pudo resistir á las órdenes que le habían sido dadas.

Fué pues á visitar al señor de Baudricourt, quemandaba en Vaucouleurs. « Señor capitán, le dijo, sabed que de algún tiempo acá, Dios me ha hecho saber

y mandar varias veces que me presente al gentil Delfín, que debe ser y es verdadero rey de Francia, para que me dé fuerzas con que ir á levantar el sitio de Orleans, para llevarlo luego á Reims, donde lo coronarán. » Baudricourt la creyó loca y la despidió; pero Juana no perdió ánimos, sino que volvió á Vaucouleurs y dijo al señor de Baudricourt que tenía que estar en presencia del rey antes que llegaran los mediados de la cuares-



Juana de Arco.

ma, « aunque para ir allá debiese, añadió, gastar mis piernas hasta las rodillas. » Baudricourt siguió resistiendo; mas como Juana le anunciara de antemano el revés sufrido por los franceses en la jornada de los Arenques, la dejó marchar (febrero de 1429).

Revistiéronla de un traje de guerra, y le dieron un caballo, armas y una pequeña escolta. De Vaucouleurs á Chinón, donde estaba el rey, había una distancia de ciento cincuenta leguas y el país se hallaba cubierto de enemigos. Sin embargo, á las once días, Juana se presentó ante Carlos VII. El rey se había disfrazado para poner á prueba á la joven, pero ésta supo reconocerlo en medio de todos los cortesanos y le dijo: « ¡ Ah, por Dios, gentil príncipe, vos sois el rey y no otro alguno. » Luego se la sometió á las pruebas más difíciles para estar seguros de su misión. Los prelados y los doctores la interrogaron delante de los príncipes y grandes del reino, los maestros de la universidad le hicieron las más insidiosas preguntas; pero á todos los llenó de admiración por la sabiduría y sublimidad de sus respuestas. — « Juana, le decía uno, aseguráis que Dios quiere libertar al pueblo de Francia; pero si tal es su voluntad, no necesita gentes de armas. — Ah, respondió ella, los guerreros batallarán, y Dios les dará la victoria. — ¿ Creéis en Dios?, le preguntaba otro. — Más que vos, replicó. — Pues bien, Dios no quiere que se preste fe á vuestras palabras si no hacéis un milagro que pruebe que debemos creerlos. — No he venido, contestó, á hacer milagros. Llevadme á Orleans y os mostraré los milagros para que he sido enviada. Que me den soldados, tan pocos como quieran, é iré allá y haré levantar el sitio. »

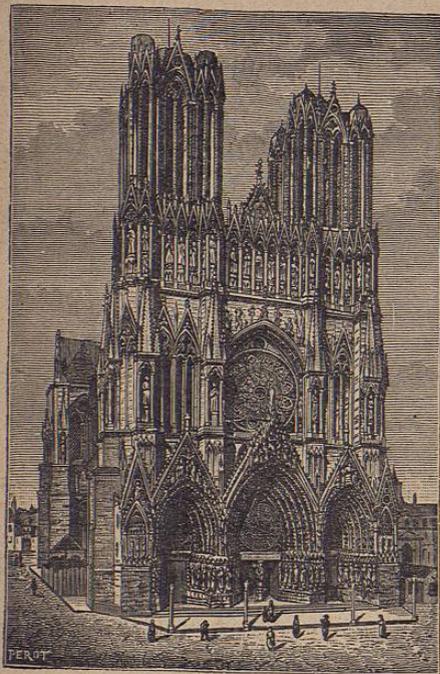
Y luego, volviéndose al rey, añadió: « Gentil Delfín, ¿ por qué no me creéis? Os digo que Dios tiene piedad de vos, de vuestro reino y de vuestro pueblo, pues San Luis y Carlomagno se hallan de rodillas delante de él, rogando por vos. Si me dáis tropas, haré levantar el sitio de Orleans, y os llevaré á ungiros en Reims, pues Dios quiere que sus enemigos los ingleses se vayan á su país y que este reino os pertenezca. » La firmeza de esas frases, y el acento profético con que Juana las pronunciaba triunfaron del espíritu escép-

tico y burlón de los cortesanos, y ya no se vaciló en confiarle el mando de las tropas.

Sitio de Orleans. — Juana se hizo presentar una espada que estaba oculta en Santa Catalina de Fierbois, y que tenía como marca cinco crucecitas cerca de la empuñadura; mandóse hacer una bandera blanca sembrada de flores de lis, con imagen del Salvador teniendo un globo en la mano y dos ángeles arrodillados á sus pies. En el centro brillaban estas palabras: *Jesús Maria*. Ese pequeño estandarte debía ser su pendón de batalla. Así equipada, Juana se dispuso á penetrar en Orleans con un convoy de víveres y una pequeña escolta, como en efecto lo hizo el 29 de abril de 1429. Su llegada devolvió el valor á los sitiados, y sus consejos efectuaron en el ejército transformación extraordinaria. Aquella soldadesca desenfrenada, que antes vivía en infames torpezas, se confesó y comulgó, y cambió de tal modo sus costumbres que ya no se oían en el campamento blasfemias ni desvergüenzas. Por el contrario, los ingleses la llamaban bruja, lanzándole las más groseras injurias; pero en el fondo la temían, y al verla al frente de las tropas se desalentaban inmediatamente. Así, el 4 de mayo dejaron entrar en Orleans el ejército que se hallaba en Blois, y los sitiados, con ese socorro, pudieron tomar la ofensiva. Decidióse que el 6 se atacarían los baluartes de los Agustinos y de los Tournelles, que los ingleses habían construído en medio del Loira. Juana de Arco en persona dirigió el asalto contra el primero, plantó su estandarte á orillas del foso, y la fortaleza fué tomada, quemada y arrasada. Al día siguiente atacó el otro de los mencionados fortines, y al subir al asalto recibió una herida profunda; pero eso sólo sirvió para excitar su valor y animar á sus soldados. Los ingleses fueron vencidos y quinientos de ellos pasados al filo de la espada. El 8 se les arrojó de las fortificaciones que ocupaban al norte de la plaza, y entonces tuvieron que levantar el sitio. Los franceses querían perseguirlos, pero Juana de Arco se opuso á ello. La heroína salió de Orleans el 17 para ir á dar en Tours con el rey y excitarlo á que se apresurara á hacerse ungir en Reims. « Noble Delfín, le dijo, no celebréis tantos y tan largos consejos, sino más

bien venid á Reims á tomar vuestra digna corona. »

El rey ungido en Reims. — Antes de emprender ese largo viaje, había que tomar á los ingleses todas las ciudades que conservaban sobre el Loira. Juana promete la victoria, é inmediatamente los franceses son dueños de Jargeau, de Meung sobre el Loira y de Beaugency. El duque de Bedford manda de París



Catedral de Reims.

considerables refuerzos, y se da una gran batalla cerca del pueblo de Patay. Los franceses quedan victoriosos una vez más. Esos triunfos exaltan el valor de todos, y Juana arrastra á Carlos VII y á su ejército en la dirección de Reims. Al pasar cerca de Auxerre, los burgueses de esa ciudad ofrecieron al rey víveres para sus soldados, pero se negaron á recibirlo bajo el pretexto de que se les había prometido la más estricta neutralidad. La Doncella pareció descontenta de esa frialdad, pero se respetaron los pretendidos derechos de los de Auxerre y se marchó sobre Troyes. Allí es donde se había firmado el famoso pacto que despojaba á Carlos de sus Estados en favor del rey de Inglaterra. Los burgueses detestaban la dominación extranjera, pero

temían á la guarnición inglesa, que era dueña de su ciudadela. Los oficiales de Carlos VII, detenidos ante esa ciudad, hablaban ya de batir en retirada, cuando Juana de Arco les prometió la victoria si se daba súbitamente el asalto. Obedecieronle, y así que sonaron las trompetas dando la señal de ataque, los sitiados, llenos de temor, pidieron de rodillas la capitulación.

Châlons se conmovió al recibir esa noticia. Todos los habitantes corrieron con su obispo al frente á presentarse á Carlos VII, y el camino de Reims se abrió, por decirlo así, espontáneamente. Cuando el rey llegó á esta última ciudad, todas las campanas tocaban á vuelo; el pueblo y los caballeros acudían á su paso; los sacerdotes bendecían á Dios por su señalada protección, y todos los ojos se fijaban en la muchacha de Domremy, que permanecía en pie cerca del rey con su banderín en la mano. Cuando hubo terminado la ceremonia, Juana se echó á sus plantas y le dijo llorando: «Gentil rey, hoy queda ejecutado el deseo de Dios que quería que yo levantara el sitio de Orleans y que os trajese á esta ciudad de Reims á recibir el sagrado unguimiento, mostrando que sois el verdadero rey y aquel á quien el reino de Francia debe pertenecer (17 de julio de 1429). » La muchacha hubiera querido volverse á su pueblo, pero la obligaron á permanecer en el ejército. Consintió en ello, pero con el triste presentimiento de su desgracia.

Cautiverio de Juana de Arco. — Habiendo partido de Reims, Carlos VII procuró tomar á París. Juana se distinguió en el sitio de esta ciudad por su habitual intrepidez, pero fué herida y el ejército tuvo que replegarse sobre el Loira (29 agosto 1429).

El rey se había retirado á Chinón, para continuar su vida de placeres, y habiendo dado orden de evacuar á San Dionisio, los ingleses y los burguñones aprovecharon esa circunstancia para penetrar en Soissons y sitiar á Compiègne. Juana tuvo lástima de esta última ciudad y resolvió lanzarse dentro de sus muros para defenderla.

Como el mismo día de su llegada, el 24 de mayo de 1430, hiciera una salida, la traición la entregó á sus enemigos; cayó en efecto en manos del bastardo de

Vendóme, que la cedió á Juan de Luxemburgo, quien á su vez la vendió á los ingleses en diez mil francos. El cautiverio de la heroína fué un gran triunfo para los insulares; en París se cantó un *Te Deum*, como al día siguiente de alguna brillante victoria. Ese triste incidente no impidió sin embargo, que los franceses siguieran ganando terreno. Bedford, furioso, resolvió vengarse sobre la pobre joven, á quien guardaba prisionera.

La universidad de París pidió que se le sometiera á juicio, y Pedro Cauchón, obispo de Beauvais, se convirtió en el más ardiente de sus perseguidores. Condujéronla á Ruan y allí le formaron causa. El proceso duró cuatro meses, durante los cuales atormentaron á la heroína con todas las preguntas imaginables. Cuanto había hecho les parecía crimen: reprocháronle sus visiones, su bandera blanca, sus revelaciones y hasta su valor. En el curso de ese horrible interrogatorio, salieron de su boca frases tan hermosas que hasta sus enemigos se conmovían al oírlas.

« Quisiera que esta mujer fuera inglesa », exclamó un oficial de Enrique VI; pero nada pudo desarmar el furor de sus jueces, que la declararon *apóstata, relapsa idólatra y herética* y la enviaron al suplicio, llevando en la cabeza una mitra donde se habían escrito las anteriores palabras.

Muerte de Juana de Arco (1431). — La ejecución se efectuó el 30 de mayo de 1431. Por la mañana de ese día, Pedro Cauchón envió á Juana un confesor, fray Martín Ladvenu, para anunciarle su muerte y excitarla á la resignación. Á las nueve la vistieron y la colocaron en una carreta tirada por cuatro caballos. El término del triste viaje era el Mercado Viejo, pescadería de Ruan. Se habían construído allí tres tabladillos. En uno estaban las sillas real y episcopal y el trono del cardenal de Inglaterra, entre los asientos de los prelados. En otro debían figurar los personajes del lúgubre drama, el predicador, los jueces y el baillío, y, por último, la condenada. Á parte estaba una gran pira de yeso, cargada y más que cargada de leña; « nada se había negado á la hoguera, que daba miedo por su altura. »

Una inmensa multitud acudió á presenciar el paso

de Juana de Arco, que atravesó vertiendo lágrimas aquellas masas de pueblo. Al verse delante de la pira, se reamimó, oyó su sentencia, se arrodilló, invocando á Dios, á la Virgen, á San Miguel y á Santa Catalina, perdonando á todos, pidiendo perdón, y diciendo á los concurrentes: « ¡ Rogad por mí ! » Suplicó á todos los sacerdotes que allí estaban que dijeran una misa por su alma, y todo eso lo hizo de manera tan devota, humilde y enternecedora que, aumentando la emoción, nadie pudo contener el llanto; el obispo de Beauvais se echó á llorar, el de Boulogne sollozaba y hasta los mismos ingleses vertían lágrimas.

Los jueces, desconcertados un instante, se reanimaron y renovaron la promulgación de la sentencia. Presentáronle la cruz de la parroquia de San Salvador, que besó largo rato y sobre la cual tuvo fijos los ojos hasta el momento de morir. Habiéndole dirigido las últimas exhortaciones el sacerdote que la acompañaba, Martín Ladvenu, la soldadesca inglesa halló demasiado largo el sermón, y en su cínico furor le gritaba: « ¡ Cómo! cura¿ vas á hacernos cenar aquí? » Por último, dos sargentos la sacaron de la carreta y la hicieron subir al lugar del suplicio.

Cuando Juana hubo llegado al punto más alto de la inmensa pira, viendo desde allí la ciudad, y á la multitud inmóvil y silenciosa, exclamó: « ¡ Ah, Ruan, Ruan, mucho temo que te cueste cara mi muerte ! » Habiendo pegado fuego á la leña el verdugo, Juana lo notó desde arriba, y lanzando un grito advirtió al fraile que la exhortaba y que no había fijado su atención en las llamas, á que bajara para que no sufriese daño alguno. Según ese sacerdote, que la asistió en sus últimos momentos, Juana no cesó hasta el postrer instante, aun cuando la rodeaban las llamas, de repetir y confesar el nombre de Jesús, implorando á los santos y santas del paraíso; y al entrar su espíritu en el Señor, inclinó la cabeza, y dijo *¡ Jesús !* en señal de que su fe en Dios era fervorosa. Sus cenizas fueron arrojadas al Sena, y lo más inexplicable que hay en esto es que Carlos VII no pareció prestar el menor interés á la suerte de la que le había devuelto su corona.

§ II. — *Tratado de Arras. La Praguería.*

Reveses de los ingleses. — Después de la ejecución de Juana de Arco, queriendo el duque de Bedford legitimar á los ojos del pueblo la monarquía de Enrique VI, resolvió hacerlo coronar en París. En efecto, el ungimiento se efectuó el 16 de diciembre de 1431, pero, con asombro del regente, no pareció producir ninguna impresión. Casi ningún francés acudió á Nuestra Señora, y el mismo duque de Borgoña halló un pretexto para no asistir á la ceremonia.

Luego continuaron las hostilidades, pero la guerra no favoreció la causa inglesa más que la coronación. El mariscal de Boussac estuvo á punto de apoderarse de Ruan; el valiente Dunois tomó á Chartres, y los ingleses pudieron ver que en las plazas más importantes tenían enemigos poderosos, que sólo esperaban para abandonarlos una ocasión favorable. Habiéndose puesto el duque de Bedford en persona al frente de sus tropas, perdió la batalla de Gerberoi, y los franceses recuperaron esa ciudad, Saint-Valéry y otras varias poblaciones.

El único apoyo que quedaba en Francia á los ingleses era la alianza burguinona. El duque de Bedford lo comprendía, pero no así el de Gloucester. Felipe el Bueno había sorprendido algunas cartas de este último, en que se trataba nada menos que de perderlo, para arrebatárle las provincias que poseía en el Norte. Esas revelaciones empezaron á apartar al duque de aquella alianza extranjera, que había consentido obligado por las circunstancias, pero que en el fondo siempre le causara contrariedad. El condestable Arturo de Richemont, que era negociador hábil, procuraba sacar partido de todas las faltas de los enemigos para reconciliar á Felipe el Bueno y á Carlos VII. La muerte del duque de Bedford, que ocurrió por entonces, apresuró la solución de ese asunto.

Tratado de Arras (1435). — Habíase convocado en Arras una asamblea general de todos los plenipotenciarios europeos, á la cual asistieron embajadores del papa, del emperador, de los reyes de Castilla, de

Navarra, de Aragón, de Portugal, de Sicilia, de Nápoles, de Chipre, de Polonia y de Dinamarca, el condestable de Richemont con los señores que representaban á Carlos VII, el cardenal de Winchester y los lores que tentan poderes de Enrique VI, y el duque de Borgoña. El congreso empezó sus sesiones el 5 de agosto de 1435 en la capilla de Saint-Waast. Como los ingleses pidieran la ejecución pura y simple del tratado de Troyes, se les ofreció la Aquitania y la Normandía con absoluta soberanía sobre esos países; pero no aceptaron esa oferta y se retiraron de las deliberaciones el 6 de septiembre. Todo el mundo se volvió entonces hacia el duque de Borgoña para excitarlo á reconciliarse con el rey de Francia. Por de pronto opuso á las proposiciones que le fueron hechas argumentos especiosos, pero al fin comprendió que su interés estribaba en dicha reconciliación con lo cual se firmó en 21 de septiembre el tratado que la consagraba. Se convino en que « el rey dirá, ó hará decir por medio de sus gentes notables con plenos poderes para ello, á Monseñor de Borgoña que la muerte del difunto Monseñor duque Juan su padre (que Dios absuelva) fué inicua y malamente llevada á cabo por los que la perpetraron con censurable consejo y que esa muerte siempre la ha condenado y la condena ahora con todo su corazón; y que si al ocurrir hubiese tenido la edad y conocimiento que ahora tiene hubiera proveído según su poder; pero era muy joven y de poco mundo, y no tuvo el buen acuerdo de proveer. Y rogará á mi dicho señor de Borgoña que expulse de su alma todo rencor ú odio que pueda tener por esa causa en él, entrando con el rey en paz y amor. »

Después de esa condenación del asesinato de Juan sin Miedo, venían concesiones importantes que el rey hacía á Felipe el Bueno. Así, cedióle los condados de Auxerre y de Mácon, las ciudades del Somma, San Quintín, Amiens, Abbeville, San Valery, los castillos de Péronne, Roye, Montdidier, es decir todos los baluartes de Francia por la parte norte, con exención de todo homenaje durante la vida del rey y la del duque, lo que lo convertía en soberano independiente; por fin, Carlos VII se comprometía á renunciar á toda

alianza contra el duque, y á ayudarle en todas sus guerras contra sus enemigos.

Carlos VII en París (1436). — Esas enormes concesiones constituían por decirlo así la abdicación completa de la monarquía en manos del duque de Borgoña. Pero aquella reconciliación era necesaria, y no había que preocuparse del precio exorbitante que costaba. Ese tratado fué acogido en toda Francia con transporte de alegría, y los partidarios de los ingleses empezaron á mostrarse inquietos. El pueblo y la burguesía de París se declararon abiertamente por Carlos VII, y llamaron á la capital al condestable de Richemont, quien entró allí efectivamente el 29 de mayo de 1436. Los ingleses, atrincherados en la Bastilla, capitularon con la única condición de que se les permitiera retirarse en compañía de los que quisieran seguirlos. Embarcáronse en el Sena y lo bajaron hasta Ruan.

El condestable tuvo el tino de hacer honrosa su victoria á fuerza de moderación; proclamó la amnistía y se esforzó en aliviar los sufrimientos del pueblo haciendo entrar en París por el indicado río convoyes de trigo y otros víveres. Carlos VII se hallaba en lo más profundo del Languedoc cuando supo esa noticia. Consolidó su dominación en el mediodía, tomó en persona algunas plazas fuertes, y volvió en triunfo á habitar el palacio de sus mayores (1436); pero tuvo el dolor de ver al pueblo de París afligido cruelmente por una enfermedad pestilencial. En el Hôtel-Dieu perecieron más de cinco mil personas y en toda la ciudad cerca de cincuenta mil. « Cuando la muerte penetraba en una casa, dice un cronista, se llevaba á la mayor parte de sus habitantes, sobre todo á los más jóvenes y vigorosos. »

Para reparar los males que la guerra había causado á Francia, se necesitaba un carácter activo y firme, que no se dejara turbar por ningún obstáculo. Hasta ese momento había sido Carlos VII admirablemente servido por los hombres y las circunstancias, pero él mismo nada había hecho aún. Desesperábase de hacerlo salir de su ociosidad y su indolencia, cuando, excitado por las personas que lo rodeaban, se aver-

gonzó de su debilidad y se puso á trabajar con energía. Y organizando el ejército, y haciendo respetar en todas partes el orden y la justicia, mereció ser llamado *restaurador de la Francia*.

De la Pragería (1440). — En 1439 dispuso Carlos VII que los barones mantendrían en guarnición á los soldados que tuvieran á su servicio, bajo pena de ser responsables de sus excesos, y les prohibió cobrar arbitrariamente contribución alguna para la conservación de sus fortalezas; por fin dictó penas severas contra los que despojasen de lo suyo á los burgueses y pecheros. Con objeto de poner término á todas las depredaciones y excesos de las gentes consagradas á la guerra, estableció compañías de milicias y arqueros francos, y los señores que se atrevieron á infringir sus ordenanzas fueron severamente castigados.

Esos rigores excitaron entre los grandes vivo descontento, por lo cual fomentaron una conspiración que ha sido llamada *Pragería (1440)*. Los duques de Borbón, de Alencón, los condes de Dunois, de Vendôme y de Chabannes fueron sus jefes. El mismo Delfín, cansado de verse sin influencia ni poder, se unió con los señores descontentos, y se atrevió á atacar á su padre, bajo el pretexto de que éste era esclavo del condestable de Richemont. Carlos VII desplegó grande actividad, marchando en persona contra el duque de Alencón y Juan de la Roche, que habían sorprendido el castillo de Saint-Maixent, é hizo ahorcar, decapitar ó ahogar á sus gentes. El pueblo se declaró en todas partes favorable al rey y hostil á los facciosos. Los estados de Armañac declararon que pertenecían en personas y bienes al buen rey protector, y todas las ciudades abrieron sus puertas á las tropas del soberano. Abandonados de esa manera, los rebeldes tuvieron que pedir gracia. Los duques de Borbón y Alencón y el mismo Delfín se arrodillaron ante el rey y solicitaron su perdón. Carlos se contentó con decir á su hijo: « Luis, sed bienvenido: mucho tiempo habéis estado ausente; id á descansar en vuestro palacio, y mañana hablaremos de vos. » Pero al duque de Borbón le dirigió estas palabras: « Primo, muy descontento

estoy por la falta que ahora y antes de ahora habéis cometido por cinco veces contra nuestra majestad», y le declaró los sitios donde había estado, añadiendo: « Si no fuese por el honor y el amor de alguna persona que no quiero nombrar, ya os hubiese mostrado el disgusto que siento. Así, pues, guardaos de volver en adelante á hacer lo que ahora. » Al día siguiente, el duque de Borbón y el Delfín suplicaron al rey que perdonase á sus cómplices. Carlos dijo que no haría nada más que permitirles únicamente volver á sus casas sin ser molestados. Entonces el Delfín exclamó: « Monseñor, en ese caso deberé volverme con ellos, pues así se lo he prometido. El rey le dijo: « Luis, las puertas están abiertas, y si no las halláis bastante grandes, haremos derribar quince ó veinte toesas de pared para que marchéis á donde os parezca. Sois nuestro hijo y nada podéis hacer por nadie sin nuestro consentimiento y beneplácito; pero si queréis marcharos, no lo impediremos, pues gracias á Dios hallaremos en nuestra familia alguien que nos ayude á mantener nuestro honor y señorío mejor de lo que vos lo habéis hecho hasta aquí. »

El Delfín se esforzó en adelante en borrar su falta por el celo y valor que desplegó en los mandos que le fueron confiados en Pontoise, en la Réole y sobre todo en el de Dieppe, donde obligó á los ingleses á levantar el sitio (15 de agosto de 1443).

Resumen de este capítulo. — El reinado de Carlos VII es uno de los más gloriosos de la monarquía francesa, aunque no comenzó bajo afortunados auspicios.

I. El rey de Inglaterra Enrique VI fué proclamado rey de Francia en San Dionisio, y la mayor parte del Estado reconoció su autoridad (1442). Carlos VII no poseía más que las provincias situadas al sur del Loira y era llamado irónicamente rey de Bourges. Ese soberano vivía únicamente en fiestas y placeres y perdía alegremente su reino. Los escoceses le enviaron algunos socorros, pero esas tropas fueron vencidas en Crevant (1423) y en Verneuil (1424). Bedford resolvió acabar con el rey de Bourges y emprendió una campaña que debía ser decisiva (1428). Orléans estaba sitiada, y la jornada de los Arenques aumentó el abatimiento general del reino (1429). En esas circunstancias críticas fué cuando apareció Juana de Arco, que debía salvar á Francia. La heroína tuvo sus primeras visiones en 1423 y abandonó su pueblo de Domremy después de la batalla de los Arenques, yendo á Chinón donde estaba el rey, y de allí á Orléans.

En esa ciudad entró el 29 de abril de 1429, obligó á los ingleses á levantar el asedio, y el 17 de mayo siguiente se presentó en Tours al rey para excitarlo á que marchara á hacerse coronar en Reims. La ceremonia se efectuó el 17 de julio. Juana, cuya misión había terminado, pidió que la dejaran volverse á casa de su padre, pero la obligaron á permanecer en el ejército, hasta que cayó en manos de los enemigos en el sitio de Compiègne, el 24 de mayo de 1430. Los ingleses le formaron causa y la condenaron á ser quemada viva como hereje y relapsa. Esa horrible sentencia se ejecutó en Ruan el 30 de mayo de 1431.

II. Después de la muerte de Juana, sufrieron los ingleses nuevos descalabros. En vano el duque de Bedford hizo ungir y coronar en París á Enrique VI, pues cada día tomaban los franceses ciudades importantes. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, se separó de la alianza con Inglaterra para unirse á Francia en el congreso de Arras (1435). Esa defección acabó de perder al partido inglés. Al año siguiente entró en París Carlos VII (27 mayo 1436), y desplegó extraordinaria actividad para reparar los males que la guerra civil había causado al reino. Su severidad con los nobles fué causa de la Praguería (1440). Su hijo el delfín Luis se atrevió á ponerse en persona al frente de los sediciosos, pero la nación comprendió que su verdadero interés consistía en apoyar al rey. Sostuvo, pues, á Carlos, que sofocó la rebelión, perdonando á sus autores. En adelante el Delfín se consagró por entero á hacerse perdonar su falta, haciendo gala de celo y abnegación.

CAPÍTULO XIII.

FIN DE LA GUERRA DE CIEN AÑOS. INSTITUCIONES DE CARLOS VII. EJÉRCITO PERMANENTE; PRAGMÁTICA DE BOURGES. COSTUMBRES; LA NUEVA CABALLERÍA; LA CORTE DE BORGÑA.

Ese período, tan fecundo en calamidades y desastres para Francia, no fué sin embargo estéril para desarrollo de sus instituciones. Como lo dicen los historiadores de dicha nación, la desgracia templó los espíritus, comunicándoles prodigiosa actividad. En Inglaterra, los acontecimientos favorecieron el desarrollo de las libertades públicas. En Francia, las leyes, la administración, el arte militar, las ciencias y las letras se desarrollaron para satisfacer las necesidades de una sociedad atormentada por las calamidades de la guerra civil y extranjera. Los innumerables males que la nación soportó contribuyeron á la ruina del feudalismo y de las ideas de la edad media. Aprovechando los abusos del antiguo régimen, la monarquía llegó á ser omnipotente bajo Carlos VII, gracias á las prudentes reformas que entonces fueron realizadas.